



SERIE TIEMPO DE BUSCAR

LAS PARÁBOLAS DE JESUS SOBRE EL DINERO



Gary Inrig

LAS PARÁBOLAS DE JESÚS SOBRE EL DINERO

CONTENIDO

La parábola del rico insensato.....	2
La parábola del mayordomo infiel.....	11
La parábola de los obreros de la viña	22

La planificación financiera es una profesión que crece cada día más. Sin embargo, el mejor de los planes financieros puede fallar por falta de la sabiduría que se halla en las parábolas de Jesús sobre el dinero. Si no comprendemos los valores para los que fueron hechos nuestros corazones, todos nuestros esfuerzos por proveer para el futuro a la larga van a fracasar.

En este estudio sobre las parábolas de Jesús sobre el dinero, el escritor Gary Inrig examina la enseñanza de Jesús en tres historias acerca del dinero. Puede que necesitemos otros planificadores financieros para que nos ayuden a aprovechar las desgravaciones fiscales y los beneficios de la jubilación, pero nunca vamos a encontrar a nadie con más sabiduría y preocupación por nuestros bienestar que Jesús, el Planificador Divino.

Martin R. De Haan II

Título del original: *Jesus' Parables About Money*

Foto de cubierta: © RBC Ministries, Terry Bidgood

Las citas de las Escrituras provienen de la Versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina.
© 2000,2007 RBC Ministries, Grand Rapids, Michigan, USA

ISBN: 978-1-58424-059-4

SPANISH

Printed in USA

LA PARÁBOLA DEL RICO INSENSATO

El Señor dijo una vez a un grupo de fariseos descritos como «avaros» que «lo que los hombres tienen por sublime, delante de Dios es abominación» (Lucas 16:15). Sin duda alguna valoramos los frutos de ser acomodados y lograr el éxito. ¿Podría ser que Jesús detestara aquello a lo que nosotros aspiramos? Él tiene una manera muy dolorosa de sondar el sistema nervioso central de nuestras vidas. En la parábola del rico insensato (Lucas 12:13-21), Jesús nos obliga a todos a confrontar algunas preguntas escrutadoras sobre nosotros mismos.

JESÚS SONDEA EL CORAZÓN

Cuando Jesús iba camino a Jerusalén atrajo a grandes multitudes. Lucas nos dice que se juntaron «por millares la multitud, tanto que unos

a otros se atropellaban» (Lucas 12:1). Al mismo tiempo, Sus enemigos habían comenzado a «estrecharle en gran manera, y a provocarle a que hablase de muchas cosas; acechándole, y procurando cazar alguna palabra de Su boca para acusarle» (11:53,54). En ese contexto de aclamación popular y gran hostilidad, el Señor llamó a Sus discípulos a testificar osada y valientemente en Su nombre (12:1-3).

Uno de los hombres que se hallaba entre aquella multitud tenía poco interés en esos asuntos. Había ido allí con un problema familiar que tenía que ver con una herencia. Aparentemente era el más joven de dos hermanos. Conforme a la ley judía, su hermano mayor debía ser tanto el ejecutor de la herencia como el que más recibiera de la misma, y por lo general habría tratado de mantener la herencia intacta. Pero ese no era el plan del hermano menor. Él quería dinero propio para gastarlo como quisiera.

Puesto que era común llevar puntos disputables de la ley a un rabí acreditado, él le planteó su preocupación a Jesús: «Maestro, dí a mi hermano que parta conmigo la herencia» (v. 13). Sus palabras son muy reveladoras. No le pide al Señor que haga juicio, sino que se ponga de su parte para que le dé municiones contra su hermano. Igual que muchas otras personas desde aquel tiempo, quería usar a Jesús para satisfacer sus deseos monetarios.

El Señor rehusó dejarse arrastrar a ese papel:

Mas él le dijo: Hombre, ¿quién me ha puesto sobre vosotros como juez o partidor? (v. 14).

Jesús no tenía ninguna autoridad legal como rabí acreditado para involucrarse en esos casos. Pero más importante aún, esa tarea no formaba parte de Su misión divina. Como bien ha observado Leon Morris:

Él vino a traer a los hombres a Dios, no bienes a los hombres (*The Gospel According*

to St. Luke, p.212
[El Evangelio según San Lucas]).

Es importante recordar esa verdad cuando algunos enseñan que los creyentes pueden y deben esperar que el Señor les dé bienestar físico y prosperidad. Incluso si este hombre estaba siendo perjudicado por su hermano, hacer valer sus derechos podría no haber sido lo mejor para él. Había algo más profundo ahí y un mayor peligro que ser engañado con la herencia.

En ese peligro pensaba el Señor cuando se volvió del hombre a la multitud:

Y Les dijo [a ellos]: Mirad, y guardaos de toda avaricia; porque la vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee (v. 15).

Las palabras iniciales, «mirad y guardaos», ponen el mensaje del Señor en luces de neón. No se trata de una posibilidad abstracta ni de una inquietud teórica. En lo que Jesús estaba pensando no era sólo en un pecado, sino

en un pecado grave pero sutil. Algunos pecados son claros y reconocibles, y los evangélicos son rápidos en calificarlos de malvados y condenar la participación en ellos. Raras veces vemos la codicia como un pecado horroroso. Pero es interesante señalar que Jesús nunca advirtió contra el adulterio ni la borrachera en los términos dramáticos que usó aquí contra la avaricia.

*El peligro
de las posesiones
es que a menudo
despiertan el deseo
de tener más.*

El término *avaricia* significa «un deseo consumidor de tener más». Tiene la connotación de agarrar más, una codicia de adquirir. Es exactamente lo contrario del contentamiento que acompaña a la verdadera piedad (1 Timoteo 6:6). Alguien preguntó una vez a John D. Rockefeller cuánto dinero era suficiente. «Un

dólar más» —contestó. La bestia de la avaricia nunca se satisface. Es insaciable.

Sin embargo, si vemos la avaricia como un asunto de cantidad y no de actitud, no comprendemos el problema. El más pobre de todos puede ser avaro; el más rico puede evitar la avaricia. Pero el peligro de las posesiones es que a menudo despiertan el deseo de tener más.

Ivan Boesky, quien fue a la cárcel y pagó una multa de 100 millones de dólares por hacer trampas en la bolsa de valores, unos años antes era el niño mimado de *Wall Street*. En esa época declaró en una ceremonia de graduación de una universidad importante:

La avaricia es buena.

Quiero que sepan que yo creo que la avaricia es saludable. Usted puede ser avaro y aun así sentirse bien con usted mismo.

La revista *Newsweek* comentó después:

Lo más extraño de todo cuando miremos atrás no sólo será que Ivan Boesky dijera eso en la graduación

de estudiantes de ciencias económicas, sino que fuera recibido con risa y aplauso (1º. de dic. de 1986).

Pero la avaricia no es asunto de risa. De hecho, es idolatría (Colosenses 3:5). El Señor no dejó duda alguna cuando dijo:

La vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee (Lucas 12:15).

Dios es la única fuente de vida; sólo Dios controla la vida; sólo Dios da la vida.

JESÚS PRESENTA EL PROBLEMA

El Señor no se contentó con hacernos una advertencia abstracta. En la parábola del rico insensato nos presentó a un ricachón del primer siglo.

También les refirió una parábola, diciendo: La heredad de un hombre rico había producido mucho.

Y él pensaba dentro de sí, diciendo: ¿Qué haré, porque no tengo dónde guardar mis frutos? Y dijo: Esto haré: derribaré mis graneros, y los edificaré mayores, y allí

guardaré todos mis frutos y mis bienes; y diré a mi alma: Alma, muchos bienes tienes guardados para muchos años; repóstate, come, bebe, regocíjate. Pero Dios le dijo: Necio, esta noche vienen a pedirte tu alma; y lo que has provisto, ¿de quién será? Así es el que hace para sí tesoro, y no es rico para con Dios (Lucas 12:16-21).

La riqueza muchas veces engendra más riqueza, y la suya le permitió poseer tierras que produjeron una cosecha abundante. No parece haber ninguna crítica porque tuviera riquezas, ni por la manera de adquirirlas, ni porque crecieran. Lo decisivo fue lo que él hizo con ellas. Aun así, lo más crucial no eran sus acciones sino sus suposiciones. Dado sus valores, construir graneros mayores era una decisión sabia y pragmática. Pero esa es precisamente la pregunta: ¿cuáles eran sus valores?

Podemos resumir su perspectiva de la vida con varias frases que han hecho eco con el correr de los años:

- «Si no soy bueno conmigo mismo, ¿quién lo va a ser?»
- «El éxito junto con las posesiones demuestran que soy un éxito como persona».
- «Mientras mayor sea el granero (o la casa o el auto), mejor será la vida».
- «Si el dinero no puede comprar la felicidad, al menos puede comprar el placer y la seguridad».

Pero en un momento se le explotó la burbuja. Dios dictó sentencia, no sólo al rico insensato, sino a toda vida que se base en la avaricia:

... Necio, esta noche vienen a pedirte tu alma; y lo que has provisto, ¿de quién será? (Lucas 12:20).

El diagnóstico del Señor fue implacable en la honestidad y revelación de Sus reflexiones. Tres cosas se destacan.

I. El joven rico era un necio, no un hombre de éxito. Es casi seguro que a los ojos de su comunidad fuera un hombre envidiado. A los ojos de Dios, era un hombre al que había que tenerle lástima. La palabra

necio en lenguaje bíblico no es una descripción de la capacidad mental, sino del discernimiento espiritual. En el lenguaje de los Salmos y los Proverbios del Antiguo Testamento, un necio es una persona que toma decisiones como si Dios no existiera, y que vive como si Dios no hubiera hablado. Once veces escuchamos las palabras «yo» [implícitas en los verbos en primera persona] y «mi» en las palabras de este hombre. Prácticamente, para él Dios no existía.

2. Era un siervo, no un amo. El hombre rico estaba convencido de que tenía el control de su vida y que la riqueza le daba control. Pero las palabras de Dios para él revelaron que no tenía poder sobre el presente: «Esta noche vienen a pedirte tu alma». La palabra *pedirte* era un término comercial usado para un préstamo. En ese punto crítico descubrió una verdad que todo el mundo aprende tarde o temprano: Dios es el dueño de la vida y simplemente nos presta

nuestra existencia terrenal. En cualquier momento puede reclamar Su préstamo.

El necio tampoco tenía poder sobre el futuro: «lo que has provisto, ¿de quién será?» Tal como se lamentara el autor de Eclesiastés:

Asimismo aborrecí todo mi trabajo que había hecho debajo del sol, el cual tendré que dejar a otro que vendrá después de mí. Y ¿quién sabe si será sabio o necio el que se enseñoreará de todo mi trabajo en que yo me afané y en que ocupé debajo del sol mi sabiduría?...

(Eclesiastés 2:18,19).

3. Era paupérrimo, no rico. Cuando llegó el momento de la verdad, el agricultor rico se dio cuenta de que había trabajado muy duro por muy poco. Había invertido en lo pasajero, no en lo permanente. Lo que hace a la muerte difícil es la evaluación de lo que perdimos por ella. Éste era un hombre que estaba dejando atrás todo: los graneros que había construido, la gente que había controlado, el prestigio que

había adquirido. La muerte lo despojó de todo y reveló quién era en realidad, un hombre que «hace para sí tesoro, y no es rico para con Dios» (v. 21).

Esa última afirmación debe obligarnos a preguntarnos: «¿Soy necio a los ojos de Dios? ¿Qué etiqueta le pondría él a mi vida?» Las siguientes palabras, pronunciadas por Jim Elliot, merecen una cuidadosa consideración:

No es necio el que da lo que no puede retener para ganar lo que no puede perder.

Hay otro tipo de necesidad que el Señor quiere que reconozcamos. Él describió en la parábola la necesidad que dice: «Dios no importa» y «No tengo suficiente». El poder de las posesiones es que nos dan una sensación de control. Pero los discípulos tienen que enfrentarse a una otra locura. Es la locura que dice: «A Dios no le importa». Somos tentados a creer que si seguimos al Señor, renunciando a todas nuestras posesiones, tal vez no tengamos suficiente.

JESÚS PRESENTA LA ALTERNATIVA

Lucas dijo claramente que los versículos 22-34 iban dirigidos, no a la multitud, sino a los discípulos. Eso implica que la preocupación es uno de los pecados habituales de los seguidores de Cristo. La razón no es difícil de descubrir. Los términos del discipulado son exigentes. Obedecer el llamamiento es confiar en Cristo totalmente, pero ¿cuáles son las implicaciones de esa obediencia? Las preguntas económicas cobran mucha importancia. Si digo adiós a mis posesiones, ¿suplirá realmente Dios para mis necesidades? Mi cabeza me asegura que sí, pero mi corazón duda. El autor de Proverbios lo expresó así:

La congoja en el corazón del hombre lo abate...

(Proverbios 12:25).

Y es así hasta físicamente. Tal como observara alguien, a la gente le salen úlceras, no tanto por lo que comen, sino por lo que los come a ellos. La ansiedad también

roba la paz emocional y quita la seguridad espiritual.

Que nos digan que no nos preocupemos no ayuda mucho. La gente que nos dice eso por lo general parece que no es muy realista, o que no está muy informada, o que nos trata con aire condescendiente. El Señor nos obliga a pensar por qué no hemos de preocuparnos. Primero, dijo que la preocupación es **necedad** (Lucas 12:22-24). Es caer en la necesidad del rico insensato que creía que su vida consistía en sus posesiones. Pero la vida es más que comida y ropa, y Dios nos ha prometido que Él va a cuidar de nosotros, mucho más de lo que cuida a Sus criaturas, como por ejemplo los pájaros. Preocuparnos es olvidar neciamente que somos hijos valiosos de Dios y que Él es nuestro amante Padre.

Segundo, la preocupación es **inútil** (12:25-28). Puede acortar la vida pero no la puede prolongar. Y Dios, que da belleza a los campos, no nos va a despojar de todo. La ansiedad niega el cuidado

de Dios... y todo para nada. De manera que la alternativa no es ser descuidado, sino confiado. Un poco de reflexión nos ayuda a reconocer que la mayoría de las preocupaciones son por cosas que no se pueden cambiar (el pasado), cosas que no se pueden controlar (el presente), o cosas que tal vez no sucedan (el futuro). ¡Cuánto mejor es confiarnos a nuestro Dios!

La vida es más que comida y ropa, y Dios nos ha prometido que Él va a cuidar de nosotros, mucho más de lo que cuida a Sus criaturas.

Tercero, la preocupación **no tiene fe** (12:29-31). Estar absorto en las necesidades físicas y personales es a la larga ser capturado por la incredulidad. Si el Evangelio realmente es cierto, nuestras

vidas deberían ser diferentes cualitativamente de las vidas de los paganos.

En su libro *Run Today's Race* [Corre la carrera de hoy], Oswald Chambers observa que «todo nuestro enojo y preocupación se debe a que calculamos sin Dios». La preocupación es producto de una inadecuada comprensión de nuestro Padre. Él es Aquel que sabe, se interesa y actúa. La manera como miramos a Dios determina la manera como miramos la vida, y esto va a determinar por qué nos preocupamos.

Nuestra gran necesidad es preocuparnos por lo correcto. ¿Y qué es eso? «Buscar Su reino». No paramos de preocuparnos. Sustituimos la preocupación por las cosas primordiales con la preocupación por las cosas secundarias. Sólo Su reino es digno de nuestra mayor preocupación.

El hermano siamés de la ansiedad es el temor, y el Señor abordó el asunto del temor en los versículos 32-34. Nos dijo que tomáramos una medida

drástica con nuestros recursos económicos y posesiones personales. No debemos empuñarlos ni confiar en ellos. Más bien hemos de emplearlos invirtiéndolos eternamente. De hecho, la única manera en que podemos proteger verdaderamente nuestros tesoros es invirtiéndolos en el cielo. Nuestro corazón va detrás de nuestro tesoro, y si nuestro tesoro está en el cielo, allí estará nuestro corazón. Tal como escribe David Gooding:

El cielo casi no es una realidad para el hombre que no está preparado para invertir dinero en efectivo en él ni en sus intereses; pero por esa misma razón se hace más real para el que sí lo está (*According to Luke*, p.241 [Según Lucas]).

El asunto crucial en la vida no es la *cantidad* de nuestro tesoro, sino la *localización* del mismo. Los tesoros del hombre rico estaban en la tierra. Él era un necio porque construyó su vida sobre lo que no podía durar y lo que en realidad no importaba. Nuestro llamamiento como discípulos

es ser ricos hacia Dios y tener un tesoro en el cielo que no se agote. D. L. Moody dijo una vez:

No se necesita mucho tiempo para saber dónde está el tesoro de un hombre. En la mayoría de los casos, en una conversación de 15 minutos, se nota si los tesoros de los hombres están en la tierra o en el cielo.

Nuestro corazón va detrás de nuestro tesoro, y si nuestro tesoro está en el cielo, allí estará nuestro corazón.

A nadie le gustaría que Dios lo llamara necio. ¿Cómo podemos asegurarnos de que eso no suceda? Podemos optar por los límites, no por el lujo, para que nuestro tesoro se pueda invertir en los cielos. Podemos cultivar la compasión, no la avaricia.

La mayoría de nosotros puede procurar la confianza en Dios, no en el dinero.

En las monedas estadounidenses está escrita la frase: «En Dios confiamos». Lindas palabras, pero ¿confiamos en que Dios va a estar en nuestras finanzas, o Le confiamos nuestras finanzas a Dios?

LA PARÁBOLA DEL MAYORDOMO INFIEL

Una de las características comunes de las parábolas de nuestro Señor es cuánto nos chocan. Sus parábolas sorprenden y asustan. Los «héroes» son quienes menos esperamos. Eso es particularmente cierto en la parábola del mayordomo infiel (Lucas 16:1-13). Es una historia que ha provocado controversia y debate entre quienes la han querido interpretar. Pero a pesar de las preguntas que ha planteado, nos confronta con una verdad esencial sobre

la vida como discípulos. La parábola se presenta primero en los versículos 1-8 y le sigue la explicación del Señor de los principios que quiere enseñar.

JESÚS PRESENTA LA PARABOLA DEL MAYORDOMO INFIEL

Dijo también a Sus discípulos: Había un hombre rico que tenía un mayordomo, y éste fue acusado ante él como disipador de sus bienes. Entonces le llamó, y le dijo: ¿Qué es esto que oigo acerca de ti? Da cuenta de tu mayordomía, porque ya no podrás más ser mayordomo. Entonces el mayordomo dijo para sí: ¿Qué haré? Porque mi amo me quita la mayordomía. Cavar, no puedo; mendigar, me da vergüenza. Ya sé lo que haré para que cuando se me quite de la mayordomía, me reciban en sus casas. Y llamando a cada uno de los deudores de su amo, dijo al primero: ¿Cuánto debes a mi amo? El dijo: Cien

bariles de aceite. Y le dijo: Toma tu cuenta, siéntate pronto, y escribe cincuenta. Después dijo a otro: Y tú, ¿cuánto debes? Y él dijo: Cien medidas de trigo.

El le dijo: Toma tu cuenta, y escribe ochenta. Y alabó el amo al mayordomo malo por haber hecho sagazmente; porque los hijos de este siglo son más sagaces en el trato con sus semejantes que los hijos de luz (Lucas 16:1-8).

Esta parábola nos lleva al mundo de las finanzas y la responsabilidad. El mayordomo era un empleado, tal vez de un amo que estaba ausente, y tenía el control de los negocios y bienes de su amo. Obviamente su responsabilidad era usar esta confianza en beneficio de los intereses de su amo, no de los suyos propios. Pero la tentación de usar el dinero para sus propios propósitos y placeres fue demasiado fuerte. Desperdició el dinero, violando así la confianza del amo y manejando mal sus posesiones. Su patrón se

enteró de su mala conducta, y cuando lo confrontó con la acusación de descuido al deber, el hombre no supo qué contestar.

Esta parábola es muy similar a la historia de la parábola del siervo que no tuvo misericordia en Mateo 18. La repetición de estas circunstancias demuestra que la violación de confianza era tan común en el mundo antiguo como lo es hoy. Claro que el hombre merecía que lo despidieran del empleo. Pero es importante notar la posición precisa del mayordomo después que su amo dijo:

... Da cuenta de tu mayordomía, porque ya no podrás más ser mayordomo (v. 2).

Las compañías modernas por lo general les piden a los empleados despedidos que limpian sus escritorios inmediatamente, o ya lo han hecho por ellos. Pero a este mayordomo le dieron una oportunidad. Su despido era inevitable, pero todavía no era definitivo ni público. Tenía cierta oportunidad de mejorar

hasta que rindiera cuentas. Aun así, tenía poco tiempo, y era imperativo que hiciera algo de inmediato. No tenía tiempo que perder.

Es aquí donde se nota la sagacidad del hombre. Él sabía que sus opciones eran limitadas. Era demasiado débil para hacer trabajo manual y demasiado orgulloso para pedir. A menos que actuara rápidamente podía terminar haciendo una de esas dos cosas. Pero él conocía el adagio que dice: «Favor con favor se paga». Tal vez podía hacer favores a unas cuantas personas de manera que ellos quedaran en deuda con él.

Su plan era muy sencillo. Empezó a llamar a los clientes de su amo y a alterar sus facturas. Después de todo, él manejaba las cuentas y todavía tenía autoridad legal para actuar en nombre de su amo.

- «¿Cuánto debes?»
«Ochocientos galones de aceite de oliva». «Aquí tienes tu pagaré. Escríbelo de nuevo y pon 400 galones, y yo te lo firmo».

- «¿Cuánto debes?»
«Mil medidas de trigo».
«Toma, escribe 800 y yo te lo firmo».

No sabemos lo suficiente acerca de las prácticas comerciales del primer siglo como para estar seguros de lo que estaba sucediendo aquí. Algunos comentaristas están convencidos de que todo el negocio era fraudulento y de que él estaba implicando a esas personas en el engaño a su amo. Eso es posible, pero puesto que se presume que esas personas iban a seguir haciendo negocios con el hombre rico, parece más bien improbable. Es más probable que la transacción fuera sutil y semi legal.

Según la ley mosaica, los comerciantes judíos no podían cobrar intereses a otros judíos. Pero eso hacía que las transacciones comerciales fueran difíciles. Por eso, a menudo venía después una escapatoria. Cuando se prestaba dinero, era ilegal hacer una factura cobrando intereses. De manera que las facturas escritas por lo general

mostraban sólo una cantidad: el capital prestado más el interés y los honorarios del mayordomo. Esta cantidad por lo general se ponía en bienes (como aceite, trigo, etc.) y no en dinero. De esta forma, parecía que la ley se cumplía.

Si era así, el mayordomo probablemente estaba descontando del valor nominal de las notas los cargos por los intereses. Puesto que estos cargos no eran legales en la ley judía, el amo no podía actuar en su contra. Se presume que los deudores sospechaban de las razones para hacer eso, pero aceptaban la oferta con gusto. Por tanto, él había atado las manos de su amo efectivamente, se había quedado dentro de lo legal y se había congraciado con gente que lo iba a recordar con simpatía.

La parábola termina con esta afirmación:

Y alabó el amo al mayordomo malo por haber hecho sagazmente... (v. 8).

Es importante ver lo que se dijo y lo que no se dijo. El

amo no dijo que le gustaran las acciones del mayordomo, pero sí dijo que estaba impresionado. El mayordomo le había atado las manos a su patrón y logrado sus propósitos. El amo, por supuesto, no alabó la anterior deshonestidad del mayordomo, pero, igual que un atleta derrotado que comenta irónicamente sobre la habilidad y la estrategia de su oponente, se veía compelido a reconocer el éxito del hombre.

Puesto que la palabra *sagaz* es la clave de la historia, es importante considerar su significado cuidadosamente. La palabra griega significa «actuar con prudencia», y se ilustra en el discurso de Jesús sobre el hombre sabio (literalmente, prudente), que construyó su casa sobre la roca porque esperaba una tormenta (Mateo 7:24).

También describe las cinco vírgenes «sabias» (prudentes) que llevaron aceite de más por si lo necesitaban (Mateo 25:1-13). Esa era la cualidad del mayordomo infiel.

Actuaba con decisión en el presente para posicionarse para el futuro. Su conducta era coherente con sus circunstancias. Reconoció su crisis y aprovechó la oportunidad porque tenía la mirada en el futuro, no sólo en el presente. Era lo suficientemente astuto como para actuar con una habilidad y un discernimiento prácticos.

La historia es perturbadora. Aunque este mayordomo astuto puede parecer un héroe, no lo es. Pero en sus acciones, por dudosas que sean, podemos ver una cualidad que se requiere de los discípulos del Señor si han de vivir eficazmente en el mundo. De esa cualidad se habla más en la explicación que da Jesús a continuación.

JESÚS EXPLICA LOS PRINCIPIOS DEL DISCIPULADO SAGAZ

Y alabó el amo al mayordomo malo por haber hecho sagazmente; porque los hijos de este siglo son más sagaces en el trato con sus semejantes

que los hijos de luz. Y yo os digo: Ganad amigos por medio de las riquezas injustas, para que cuando éstas falten, os reciban en las moradas eternas. El que es fiel en lo muy poco, también en lo más es fiel; y el que en lo muy poco es injusto, también en lo más es injusto. Pues si en las riquezas injustas no fuisteis fieles, ¿quién os confiará lo verdadero? Y si en lo ajeno no fuisteis fieles, ¿quién os dará lo que es vuestro? Ningún siervo puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas (Lucas 16:8-13).

Los discípulos sagaces usan el dinero para alcanzar metas eternas. El primer mensaje del Señor en Lucas 16:8-13 es que la sagacidad con el dinero puede alcanzar metas eternas. En el versículo 9 dijo:

Ganad amigos por medio de las riquezas injustas.

La frase «riquezas injustas» debilita lo que Jesús dijo en realidad, lo cual debería traducirse como «el Mamón de la injusticia». Mamón es un término interesante que incluye no sólo el dinero, sino también las posesiones. El Señor dijo claramente que *Mamón* tiene un poder enorme. No es simplemente neutral. Cuando no se coloca bajo la autoridad de Cristo se convierte en un dios rival y conduce a la maldad. Por tanto, no es sencillamente «riquezas injustas», sino «Mamón injusto».

El Señor nos llamó a reconocer las limitaciones de las riquezas. «Para que cuando éstas falten» (v. 9) significa literalmente «cuando fallen», lo cual se refiere a la muerte, no a las deudas. Pablo lo expresó así:

Porque nada hemos traído a este mundo, y sin duda nada podremos sacar (1 Timoteo 6:7).

La sagacidad nos obliga a reconocer que el dinero es poderoso, pero limitado y temporal. Una de sus

características es que siempre va a fallar. Como escribiera Bernard de Clairvaux hace siglos:

El dinero satisface el hambre de la mente de la misma forma como el aire suple la necesidad que tiene el cuerpo de pan.

Ningún siervo puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas.

—Lucas 16:13

Eso es muy cierto al momento de la muerte. Nadie se lo puede llevar.

La sagacidad con el dinero también se centra en la manera como se puede

usar con propósitos eternos. Jesús dijo:

Ganad amigos [...] para que [...] os reciban en las moradas eternas (v. 9).

La sagacidad nos obliga a reconocer que el dinero es poderoso, pero limitado y temporal.

Todos los creyentes serán bienvenidos en el cielo, pero no todos tendrán la misma cantidad de amigos que les den la bienvenida. Cuando usamos nuestro dinero para satisfacer las necesidades de otros creyentes y divulgar el Evangelio, podemos estar seguros de que habrá consecuencias eternas. Nuestro generoso Padre revelará a nuestros hermanos en la fe por qué nuestro dinero fue vital en su conversión o para satisfacer sus necesidades.

Pocas experiencias dan tanta satisfacción como

visitar un área donde uno vivió o ministró en el pasado y escuchar a personas decir cuánto influenciamos su vida, por lo general sin que supiéramos ni nos diéramos cuenta de que así había sido. ¡Imagínese esa clase de recepción en el cielo!

El Señor nos llama a usar el dinero sagazmente por razones eternas. No obstante, las estadísticas nos dicen que cuando la tasa de ingreso disponible aumentó 31% (ajustada por razones de inflación) entre los miembros de 31 denominaciones protestantes entre 1968 y 1985 [en los Estados Unidos], sólo 2% de ese dinero fue dado a las iglesias y organizaciones cristianas (*Chicago Tribune*, 31 de julio de 1988). En otras palabras, 98% del aumento se utilizó para costear los estilos de vida de la gente. En un mundo donde hay cada vez más necesidades y oportunidades emocionantes, eso no es ser sagaz con el dinero.

Los creyentes también tienen que vivir sagazmente:

pensar en estrategias, planificar, soñar y utilizar el ingenio y la creatividad. Los tiempos radicales requieren soluciones radicales, como ilustra la parábola del mayordomo infiel. Los discípulos sagaces se deben preguntar: «¿Cómo puedo sacar el máximo provecho a mi dinero para la eternidad?» Debemos tener cuidado de no gastar ni dar descuidada, sentimental ni impulsivamente. El Señor nos llama a ser personas duras, con los ojos bien abiertos, previsoras y astutas.

¿Cómo puedo sacar el máximo provecho a mi dinero para la eternidad?

Los discípulos sagaces usan el dinero a la luz de las consecuencias eternas. Hay tres mensajes principales en Lucas 16:8-13. El primero es que la sagacidad

con el dinero puede alcanzar metas eternas. El segundo es este: la mayordomía del dinero tiene consecuencias eternas (vv. 10-12). Los principios de la mayordomía son muy sencillos. El primer principio es el requisito principal:

... se requiere de los administradores, que cada uno sea hallado fiel (1 Corintios 4:2).

El segundo principio es la recompensa, explicada aquí en el versículo 10 por el Señor:

El que es fiel en lo muy poco, también en lo más es fiel; y el que en lo muy poco es injusto, también en lo más es injusto.

Es en las cosas pequeñas donde probamos lo que somos. Como observara una vez el gran misionero Hudson Taylor:

Una cosa pequeña es pequeña; pero la fidelidad en una cosa pequeña es una gran cosa.

La fidelidad con el dinero es primordialmente un asunto del carácter. Un biógrafo moderno explicó con un comentario muy perceptivo por qué estaba agregando otra biografía a la

literatura sobre el Duque de Wellington:

Yo tenía una ventaja sobre los biógrafos anteriores. Encontré un libro de contabilidad viejo que mostraba cómo gastaba el duque su dinero. Aquella era una clave mucho mejor para saber lo que él pensaba que era importante que leer sus cartas o discursos.

Esto es incluso más cierto en el caso de un discípulo.

La sagacidad hace que veamos a «Mamón» de una manera interesante. El paralelismo de los versículos 10-12 equipara «muy poco» (v. 10), «riquezas injustas» (v. 11), y «lo ajeno» (v. 12). Al mismo tiempo equipara «mucho» (v. 10), «lo verdadero» (v. 11) y «lo que es vuestro» (v. 12). Las riquezas actuales, dijo el Señor, son realmente una cosa pequeña. De hecho, no son nuestras en absoluto. Somos mayordomos, no dueños. Si usamos nuestras posesiones presentes como si nos pertenecieran a nosotros, no al Señor,

actuamos exactamente como el mayordomo infiel. Somos dueños de nada, mayordomos de todo. Lo que poseemos ha de usarse para lograr los propósitos y las metas del Maestro. El valor primordial de las riquezas terrenales es que son una herramienta para enseñarnos a manejar «las verdaderas riquezas», las cuales se refieren a los asuntos del reino.

*La gente sagaz,
pues, usa el
dinero a la luz de
las consecuencias
eternas.*

La gente sagaz, pues, usa el dinero a la luz de las consecuencias eternas. Esto incluye oportunidades para servir al Señor Jesús apoyando sus propósitos en la tierra, así como los privilegios de servicio que disfrutaremos en el cielo.

**Los discípulos sagaces
reconocen que la
mayordomía del dinero**

impide que se convierta en un yugo. El tercer mensaje de Lucas 16:8-13 se encuentra en el versículo 13: «No podéis servir a Dios y a las riquezas». En otras palabras, los discípulos sagaces reconocen que la mayordomía del dinero impide que el mismo se convierta en un yugo. Podemos servir a Dios con el dinero, pero nunca podremos servir a Dios y al dinero. Es preciso tomar una decisión. Jesús desea que entendamos que no tenemos la opción de ser los amos de Mamón. Podemos ser mayordomos de él o podemos ser sus siervos, pero esas son las únicas opciones. Mamón siempre hace todo lo posible por ocupar el lugar de Dios.

El Señor utilizó una personificación vívida en esta conversación para obligarnos a reconocer que no hay término medio. O bien Dios posee nuestras riquezas, o ellas nos poseen a nosotros. Como escribiera una vez Henry Fielding:

Si haces del dinero tu dios te fastidiará como el demonio.

Todos servimos a algo o a alguien. No hay disculpa parcial con Cristo ni empleo parcial con Mamón. Debemos escoger a quien vamos a ser leales. Cuando optamos por el Señor como nuestro único amo, Él no nos quita nuestro dinero. De hecho, toma el dinero y lo convierte en aliado.

El mismo dinero que un mayordomo infiel usa para allanar el camino a un futuro de oro, lo usa un discípulo sagaz para invertir en las amistades eternas.

El mismo dinero que se usa para hacer una apuesta, pagar una prostituta o comprar crack, también se puede usar para comprar una Biblia, cavar un pozo o sostener a un misionero. El mismo dinero que un mayordomo infiel

usa para allanar el camino a un futuro de oro, lo usa un discípulo sagaz para invertir en las amistades eternas. Pero la diferencia es producto del amo que se escoja.

¿Cómo adquirimos el dinero? ¿Qué queremos comprar con nuestro dinero? ¿Cuándo y cómo damos nuestro dinero? ¿Dónde debemos emplear nuestros recursos? Esas son las preguntas que un discípulo sagaz hace cuando imita a este extraño «héroe», el cual actuó decididamente con sus recursos en el presente para sacar el máximo provecho a sus oportunidades en el futuro.

Se cuenta la historia de un hombre que naufragó en una isla solitaria y desconocida. Para sorpresa suya, se dio cuenta de que no estaba solo. Una gran tribu de personas compartía su isla. Le complació ver que lo trataban muy bien. De hecho, lo colocaron en un trono y complacían todos y cada uno de sus deseos. Él estaba fascinado, pero confundido. ¿Por qué ese tratamiento real?

A medida que aumentó su capacidad de comunicación descubrió que la costumbre de la tribu era escoger a un rey por año. Luego, cuando terminara su período, lo transportarían a una isla en particular y lo abandonarían.

*Todos servimos
a algo o a alguien.
No hay discipulado
parcial con Cristo
ni empleo parcial
con Mamón.
Debemos escoger
a quien vamos a
ser leales.*

Su fascinación se convirtió en angustia. Entonces diseñó un plan sagaz. En los meses que siguieron envió miembros de la tribu a limpiar y labrar la otra isla. Los hizo construir una hermosa casa, amueblarla y plantar cosechas. Envío a unos amigos escogidos a vivir allí

y a que lo esperaban. Luego, cuando llegó el momento de su exilio, lo pusieron en un lugar que había sido preparado cuidadosamente y estaba lleno de amigos que estaban encantados de recibirla.

Nuestro destino es el hogar del Padre.

Los discípulos no van camino a una isla desierta. Nuestro destino es el hogar del Padre. Sin embargo, las preparaciones que hacemos aquí nos siguen allá. Si somos sagaces, habrá amigos y recompensas eternas que nos reciban. Los necios sirven al dinero y lo dejan todo atrás. Los creyentes sagaces sirven a Dios e invierten en la eternidad.

LA PARÁBOLA DE LOS OBREROS DE LA VIÑA

Bill Borden nació con sangre azul y fue criado con cuchara de plata.

Sus padres descendían de la aristocracia británica y su padre hizo una fortuna en el negocio de bienes raíces en Chicago y en las minas de plata en Colorado. Ya a la edad de 21 años, Bill tenía un millón de dólares, cantidad que en 1908 equivalía a unos 40 millones de dólares hoy. Además era atractivo, inteligente, bien preparado y popular.

Pero en 1912, a la edad de 25 años, Bill Borden hizo dos cosas que hicieron noticia. Primero regaló toda su fortuna, la mitad a la obra del Señor en los Estados Unidos y la otra mitad a misiones en el extranjero. Segundo, decidió zarpar a hacer obra misionera entre los musulmanes, primero en Egipto para aprender árabe y luego, a la larga, a una parte remota de la China.

Para el público y los medios de comunicación, e incluso para muchos de sus amigos cristianos, las acciones de Borden parecían un total desperdicio, sobre todo cuando murió de meningitis cerebroespinal poco después de llegar al Cairo. Aparentemente había malgastado su dinero, su carrera y hasta su vida.

¿Con qué fin?

¿Qué hará vibrar a Bill Borden? ¿Qué hace que una persona le dé la espalda a prácticamente todo lo que la mayoría de la gente valora para vivir en obediencia a lo que él cree es la voluntad de Dios? ¿Qué va a recibir a cambio? ¿Cuáles son los dividendos de esa clase de inversión?

¿Por qué servimos al Señor Jesucristo? Esto nos lleva a una interesante conversación entre el Señor y sus discípulos en la cuál Él abordó el asunto de las recompensas planteado por Pedro, y luego usó una parábola para hacer que tanto ellos como nosotros pensáramos más

profundamente en nuestra motivación espiritual.

Según el relato de Mateo, la conversación tuvo lugar después del encuentro del Señor con el joven rico (Mateo 19:16-26).

LA PROMESA DE RECOMPENSAS:

La bendición del discipulado.

Un estudio de la revista *Psychology Today* publicado en mayo de 1981 quería sondear la influencia que tiene el dinero en las vidas de las personas. Una de sus conclusiones fue que las personas que más se interesan en el dinero son las que tienen menos probabilidades de tener una relación de amor satisfactoria y tienden a estar siempre perturbados por una constante preocupación, ansiedad y soledad. La historia del joven rico revela triste pero elocuentemente el poder que tiene el dinero para controlar la vida de uno. La tragedia del joven rico no era que él poseyera riquezas, sino que las riquezas lo poseían a él. No quería dejar sus riquezas

a cambio de la vida eterna que le ofrecía el Hijo de Dios. Su confianza estaba en sus riquezas, no en su Dios.

La salvación no es logro de los ricos ni de los que tienen éxito. Es un regalo de la gracia de Dios que Él otorga y que se recibe humildemente.

En una sociedad donde la riqueza a menudo se consideraba señal de aprobación y aceptación divinas, el Señor dijo algo que dejó a los discípulos pasmados:

Otra vez os digo, que es más fácil pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios (Mateo 19:24).

La salvación no es logro de los ricos ni de los que tienen éxito. Es un regalo de la gracia de Dios que Él otorga y que se recibe humildemente.

A Pedro no le afectó tanto el drama de la salvación que se estaba desarrollando delante de él como la promesa que el Señor hizo al joven rico:

... anda, vende lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven y ségueme (v. 21).

La mente de Pedro estaba fija en las implicaciones de «tesoros en los cielos [...] ségueme». «Si eso es para él, ¿nosotros qué?», debe haber pensado. «Yo dejé mis redes y seguí a Jesús. ¿Y mi tesoro?» Finalmente, Pedro expresó su preocupación:

He aquí, nosotros lo hemos dejado todo, y Te hemos seguido; ¿qué, pues, tendremos? (v. 27).

Sólo una persona que esté sumamente engañada criticaría duramente a Pedro. Tal vez no estemos muy orgullosos de preguntar «¿qué, pues, tendremos?», pero todos lo hacemos, y algunas veces es más evidente que otras. A veces la recompensa de servir a Cristo parece que nunca va a llegar. Experimentamos fatiga, frustración, fracaso

o enfermedades en lugar de bendición, gozo y realización. «¿Qué voy a recibir a cambio? ¿Cuándo y dónde voy a recibir ese tesoro?»

La respuesta del Señor a Pedro no fue de repremisión, sino de reafirmación. No es malo concentrarse en las recompensas y las bendiciones eternas, ni tampoco es carnal desear «tesoros en los cielos». El Señor a menudo extiende la promesa de las recompensas en los evangelios (Mateo 5:10-12; 6:19-21; 10:41,42; 24:45-47; 25:20-23). Éstos no son sobornos degradantes ni programas de incentivo de una organización de ventas. Más bien son los resultados apropiados de una vida agradable a Dios quien «es galardonador de los que le buscan» (Hebreos 11:6).

De modo que el Señor dirigió la atención de Pedro al reino milenario, a la «regeneración, cuando el Hijo del Hombre se siente en el trono de Su gloria» (Mateo 19:28). Este es el tiempo profetizado en todo el Antiguo Testamento, cuando

Dios establecerá el reinado del Mesías en la tierra con poder y gloria (Daniel 7:13-22), y la creación misma se convertirá en «nuevos cielos y nueva tierra» (Isaías 65:17; 66:22). Ese es el momento que todos los discípulos anhelaban, y Pedro no menos que el resto.

No sólo se sentará el Señor Jesús en el trono de gloria en la tierra nueva, sino que los apóstoles compartirán Su gloria.

... vosotros que me habéis seguido también os sentaréis sobre doce tronos, para juzgar a las doce tribus de Israel (Mateo 19:28).

Es imposible describir cómo pudieron haber recibido esta noticia los Doce. Como judíos, habían anhelado al Mesías y arriesgado todo al creer que Jesús era el Prometido. Su recompensa iba a superar sus más preciados sueños: cuando Israel fuera la más grandiosa nación de la tierra, ellos la gobernarían, como subordinados del Rey Jesús.

La promesa hecha en Mateo 19:28 es, claro, muy específica, para los doce apóstoles. Pero

esta promesa se extiende a todos los creyentes. Cuando Jesús el Mesías regrese, los que somos Sus coherederos (Romanos 8:17) compartiremos Su gloria, reinando con Él en la tierra (Apocalipsis 5:10). De hecho, no sólo juzgaremos al mundo, sino que juzgaremos a los ángeles (1 Corintios 6:1-3). No digo que sepa todo lo que esto conlleva, pero la promesa es clara. Los creyentes en Cristo son la familia real del reinado del Mesías, y parte de nuestros «tesoros en los cielos» será compartir Su autoridad y esplendor de Rey.

*Pero sin fe es
imposible agradar
a Dios; porque es
necesario que el que
se acerca a Dios crea
que le hay, y que es
galardonador de los
que le buscan.*

—Hebreos 11:6

Pero, ¿por qué se nos va a conceder este privilegio? En el versículo 29 el Señor estableció el principio de las recompensas. Los sacrificios actuales producen privilegios eternos.

*Y cualquiera que haya
dejado casas, o hermanos,
o hermanas, o padre, o
madre, o mujer, o hijos,
o tierras, por mi nombre,
recibirá cien veces más,
y heredará la vida eterna.*

Marcos, en su relato, agrega que vamos a recibir «cien veces más ahora en este tiempo» (Marcos 10:30). Obviamente, esta ecuación no ha de interpretarse literalmente. Después de todo, ¿quién desea recibir 100 esposas o 200 hermanos? Podríamos tratar de convertir esa afirmación en una fórmula para obtener ganancias materiales: «Doy 100 dólares, recibo 10.000». En ese sentido seríamos peores que el joven rico, y su tragedia no sería que amaba el dinero más que a Dios, sino que no sabía reconocer una buena inversión.

No, lo que el Señor quiso decir es que hay una bendición tanto ahora como en la eternidad que es totalmente desproporcionada al costo del discipulado. Cualesquiera que sean las pérdidas que conlleva el seguir a Cristo (y hay pérdidas, dejamos cosas atrás), el Salvador mismo recompensará ricamente. Seguir a Cristo puede que no parezca tener recompensas, pero en el tiempo y a la manera de Dios, sí las tiene.

*Seguir a Cristo
puede que no
parezca tener
recompensas, pero
en el tiempo y a
la manera de Dios,
sí las tiene.*

Así que el Señor resumió en dos puntos: «Muchos primeros serán postreros» (Mateo 19:30). Desde una perspectiva terrenal, el joven rico era uno de los primeros.

Lucía y vivía como un ganador. Pero en la severa prueba de decidir por Cristo, tomó una decisión que lo excluyó de las verdaderas riquezas. Los que parecen ganadores desde la perspectiva humana a menudo son los perdedores de la vida. Por otro lado, «muchos postreros serán primeros». Los discípulos representan a los «postreros». Desarraigados de su familia y vocación, erraban como seguidores vagabundos de un líder rechazado. Igual que Bill Borden, habían corrido un gran riesgo y aparentemente se habían quedado vacíos. Pero las apariencias engañan. Cuando estén sentados en sus tronos milenarios junto al Rey Jesús, serán revelados como los primeros de Dios en la tierra.

La pregunta de Pedro: «Señor, ¿qué, pues, tendremos?», ha sido contestada. En esencia, Jesús le dijo:

Pedro, más de lo que te puedes imaginar. Has dado lo que no podías retener; vas a ganar lo que no puedes perder.

Y esa respuesta debe ser suficiente para todos nosotros. Aunque no las veamos todas ahora, hay bendiciones y recompensas.

Hay una nota perturbadora en la pregunta de Pedro con la que todavía hay que lidiar. Detrás de la pregunta «¿qué, pues, tendremos?» se levanta un espíritu comercial que ignora totalmente la esencia de la vida cristiana. Es esa actitud implícita, presente no sólo en Pedro, sino también en nosotros, que el Señor aborda en la parábola de los obreros de la viña registrada en Mateo 20:1-16. La frase con que termina la parábola está estrechamente relacionada con la última frase del capítulo 19 que acabamos de examinar.

LA PARÁBOLA DE LOS OBREROS DE LA VIÑA:

La motivación para el discipulado. Al igual que tantas de las historias del Señor, esta parábola de Mateo 20:1-16 se mete en la vida diaria de la antigua Israel. Vale la pena señalar que el Señor

era un observador astuto de la vida. Sus historias suenan auténticas porque suceden en la vida diaria. Debemos notar que esta historia no está diseñada para enseñarnos cosas sobre las relaciones entre la clase obrera y la gerencia, ni sobre la salvación, ni siquiera sobre las recompensas. El Señor quiere que pensemos en la actitud del corazón con que debe servirle un discípulo.

Era común trabajar por días en la época del Señor. En aquella sociedad agrícola no había sindicatos de trabajadores y muy pocos empleados contratados. Los hombres que buscaban trabajo se reunían en un lugar conveniente en el mercado de la ciudad, y los que necesitaban ayuda contrataban a los hombres que necesitaban. Se convenía en una paga, se hacía el trabajo, y a los trabajadores se les pagaba al final del día conforme a la ley del Antiguo Testamento (Levítico 19:13; Deuteronomio 24:14,15).

La historia misma es muy clara y directa. A las 6:00 a.m.,

el propietario de una viña fue al mercado a contratar obreros. Acordaron en una paga justa y empezaron a trabajar. No hay nada en el texto que sugiera que ellos poseyeran ninguna habilidad ni talento en particular que los hiciera más deseables que los demás. Estaban disponibles, aceptaron los términos y empezaron la tarea.

Pero por alguna razón, el dueño de la viña sintió la necesidad de buscar más obreros. Tal vez el mal tiempo amenazaba con arruinar la cosecha, o quizás tenía que cumplir un contrato y recoger la cosecha de inmediato. Lo más probable es que viera a los obreros desempleados y quisiera ayudarlos. Por la razón que fuera, volvió a las 9:00 a.m. y vio a unos hombres que estaban dispuestos a trabajar, pero no tenían trabajo. Les hizo una oferta sencilla:

Id también vosotros a mi viña, y os daré lo que sea justo (v. 4).

Ellos aceptaron y se fueron sin ningún contrato,

sino simplemente con la oportunidad de confiar en la promesa y el carácter del dueño de la viña. El proceso se repitió tres veces: al mediodía, a las 3:00 p.m. y a las 5:00 p.m.

Cuando terminó el día, el dueño ordenó a su capataz que pagara a los trabajadores, comenzando con los que habían trabajado sólo una hora y terminando con los que trabajaron el día completo. Cuando pagaron a los que habían trabajado una hora, ellos se quedaron pasmados al descubrir que habían recibido el salario de un día completo: un denario. Obviamente no habían ganado tanto. Pero una familia no podía vivir con menos de un denario al día, por lo que el dueño les había pagado generosamente, no lo que merecían, sino lo que necesitaban. Aparentemente, en su opinión, la gente era más importante que los beneficios.

Las noticias de su buena fortuna se divulgaron rápidamente en la fila, y los que trabajaron doce horas esperaban emocionados

recibir una bonanza. «Si ellos recibieron un denario, ¡nosotros debemos recibir doce!» Para cuando llegaron al frente, ya habían gastado mentalmente su fortuna. Imagíñese su disgusto al descubrir que su paga era un denario. Eso era exactamente lo que ellos habían acordado (20:2), pero casi no parecía justo.

Ellos sólo trabajaron una hora y nosotros hemos aguantado el calor del día durante doce horas. ¿Cómo puedes decir que es justo?

La respuesta del dueño fue directa. Les dijo que su paga era justa porque era exactamente lo que habían convenido. Pero a los que no trabajaron tanto les estaba pagando generosamente, no justamente.

En la voz del dueño escuchamos la suave reprensión a Pedro. Es una advertencia contra tres peligros que existen en el servicio de un discípulo.

El peligro de un espíritu comercial. Hay una antigua historia rabínica muy similar a la parábola del

Señor, pero la culminación es totalmente distinta. Cuando hacen la protesta, la respuesta calla a los objetores:

Este hombre ha hecho más en dos horas que ustedes en todo el día.

Entendemos esa respuesta. Es justo que el salario percibido se corresponda con el trabajo realizado. Los sindicatos pueden protestar, pero nosotros comprendemos el principio de la equidad: igual paga por trabajo hecho.

Sin embargo, la economía del reino es muy diferente. Si trabajamos por salario vamos a recibir exactamente lo que deseamos, ni más ni menos. Nos convertimos en mercenarios dependientes de nuestras habilidades de negociación. ¡Cuánto mejor es ser hijos, dependientes de la generosidad de nuestro Padre! Nuestro servicio a Él no lo pone en deuda con nosotros. Si le dejamos a Él la recompensa Su generosidad nos abrumará.

El peligro de un espíritu competitivo. Cuando los que trabajaron 12 horas vieron a los que

trabajaron una hora y se compararon con ellos, «pensaron que habían de recibir más» (v. 10). Cuando sus ojos se enfocaron en lo que los otros habían recibido, no pudieron recibir su propio salario con gozo. Saúl se deleitaba en su victoria sobre los filisteos, pero cuando escuchó que a David lo alababan más que a él, su corazón se volvió de piedra (1 Samuel 18:1-16). Nada es menos apropiado en los discípulos que la comparación y la competencia.

El peligro de un espíritu de queja.

«Murmuraban contra el padre de familia» (Mateo 20:11). Esa murmuración, reveló el Señor, es un ataque a la bondad y la generosidad del mismo Dios. «¿O tienes tú envidia, porque yo soy bueno?» (v. 15) ¿Quiénes creemos que somos para murmurar contra el Dios justo y eternamente santo? Lo que despertó la ira de Dios en el desierto fueron las constantes murmuraciones y quejas de Israel. La murmuración

es una enfermedad social contagiosa que nos roba el gozo a nosotros y a los que nos rodean. Los que se centran en su supuesta privación y los que lamentan el costo del discipulado se pierden de la maravilla de la gracia y generosidad de nuestro Dios.

El Señor concluyó Su parábola con una afirmación que nos recuerda a Mateo 19:30:

Así, los primeros serán postreros, y los postreros, primeros (v. 16).

Sin embargo, aquí el contraste no es entre discípulos y no discípulos. Es un recordatorio de que las circunstancias externas no son la clave de las recompensas eternas. Los «primeros» aquí son los que empezaron a las 6:00 a.m.

Yo fui salvo cuando era niño, me criaron amando a Cristo, y tuve el privilegio de ejercer el ministerio a una temprana edad. Me parezco mucho a esos «primeros». Tengo amigos que fueron salvos mucho más tarde en su vida que yo, y sus oportunidades de tener un

ministerio cristiano a veces son más pequeñas que las mías. ¿Quiere decir que esas circunstancias de la vida los van a calificar solamente para una recompensa menor? No. Dios recompensa el corazón fiel, y en todo lo que hace es generoso.

El 4 de diciembre de 1857, en el umbral de su regreso a África, David Livingstone trató de expresar con palabras la motivación que moldeaba su vida: Personalmente nunca he dejado de regocijarme de que Dios me haya confiado servirle. La gente habla mucho de mi sacrificio de dedicar mi vida al África. Pero, ¿se puede llamar sacrificio el que demos a Dios un «poquito de lo que le debemos»? Y es tanto lo que le debemos que nunca podremos pagar nuestra deuda. ¿Puede llamarse sacrificio a lo que nos da la más profunda satisfacción, desarrolla nuestras mejores capacidades y nos da las mayores esperanzas y expectativas? No usemos esa palabra. Es cualquier cosa

menos sacrificio. ¡Más bien llamémosle «privilegio»!

El gran error del apóstol Pedro fue que él calculó el costo y computó la recompensa sin considerar el privilegio de servir (Mateo 19:27).

¿Por qué servimos al Señor? ¿Por temor? ¿Por obligación? ¿Por prestigio? ¿Por recompensa? Las motivaciones nunca son totalmente puras y nos mueven una variedad de factores. Pero claro que no somos mercenarios que servimos por dinero. Somos hijos de Dios, nos deleitamos en Su obra, y confiamos en Su generosidad.